

TESSA VILGRÉ-LA MADRID

La Rubita de los Acevedo



*Un romance en
tiempos de Rosas*

tequisté

La Rubita
de los
Acevedo

La Rubita de los Acevedo

© de los textos: Tessa Vilgré-La Madrid, 2022

© de esta edición: Editorial Tequisté, 2023

Corrección: M. Fernanda Karageorgiu

Diseño gráfico y editorial: Alejandro Arrojo

1ª edición: enero de 2023

Editorial Tequisté:

hola@tequiste.com

www.tequiste.com

 @tequiste

 @tequiste

 @tequisteeditorial

 AR +54 9 11 6154 5552

ES +34 657 20 65 99

ISBN: 978-987-8958-24-8

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni su distribución o transmisión de forma alguna, ya sea electrónica, mecánica, auditiva, digital, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo por escrito de su autor o el titular de los derechos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Vilgré - La Madrid, Tessa
La Rubita de los Acevedo : un romance en tiempos de
Rosas / Tessa Vilgré - La Madrid. - 1a ed -
Pilar : Tequisté. TXT, 2023.
382 p. ; 23 x 16 cm.
ISBN 978-987-8958-24-8
1. Novelas Románticas. 2. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A863

*A mis hermanas Maíta, Ana y Tachi,
y a Mónica, que partió primero.*



ÍNDICE

A modo de introducción	11
Primera parte	15
Segunda parte	61
Tercera parte	97
Cuarta parte	157
Quinta parte	197
Sexta parte	289
Séptima parte	333
Glosario	373
Bibliografía	377
Sobre la autora	379

La Rubita de los Acevedo

*Un romance en
tiempos de Rosas*

TESSA VILGRÉ-LA MADRID



tequisté



A MODO DE INTRODUCCIÓN

Creo que al abordar una novela con trasfondo histórico debemos despojarnos de ideas preconcebidas y tratar de entender la época en que transcurre. En esta en particular, tenemos que ubicarnos en esa perspectiva de malones, cautivas y luchas sin cuartel entre nativos y pobladores.

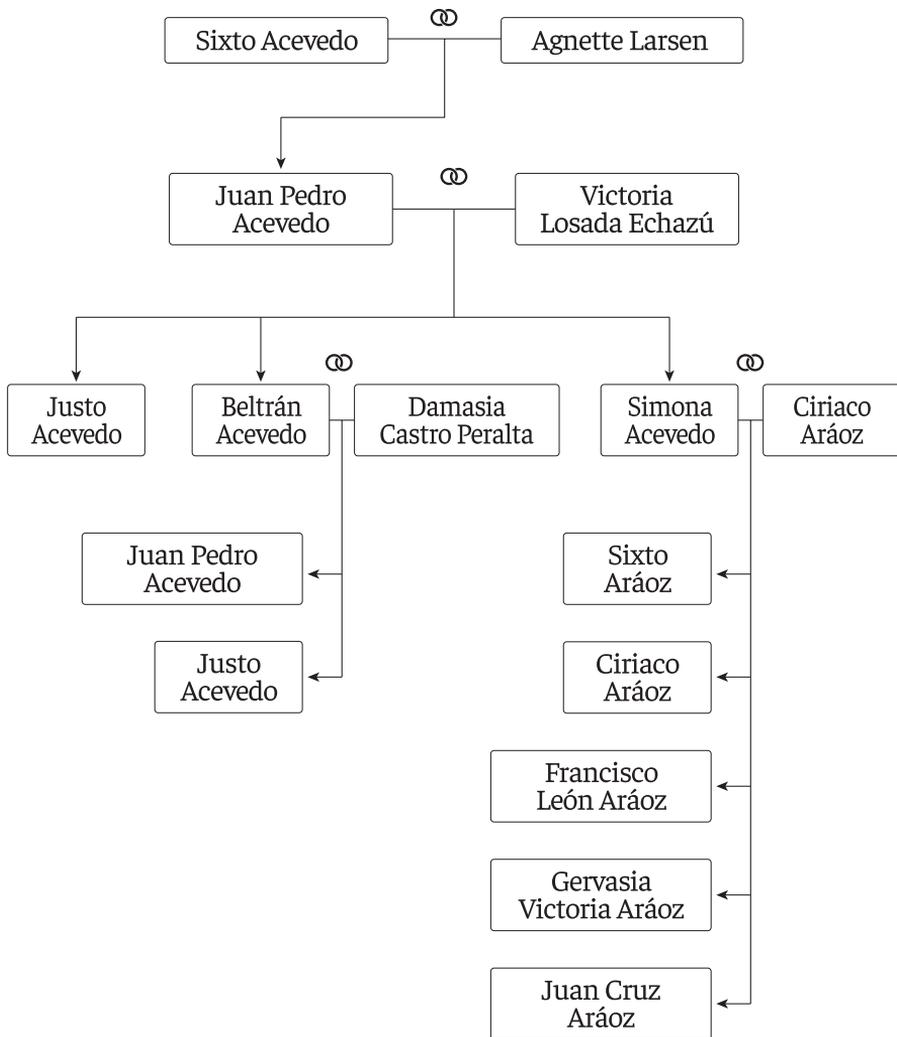
Es una narración que se desarrolla durante la época de Rosas, desde el punto de vista de una familia unitaria que luchó contra los federales y fue perseguida por ellos.

Los Acevedo son producto de mi imaginación, así como los Castro Peralta, pero sí son reales los hacendados que se rebelaron contra Rosas y sufrieron las consecuencias de la derrota.

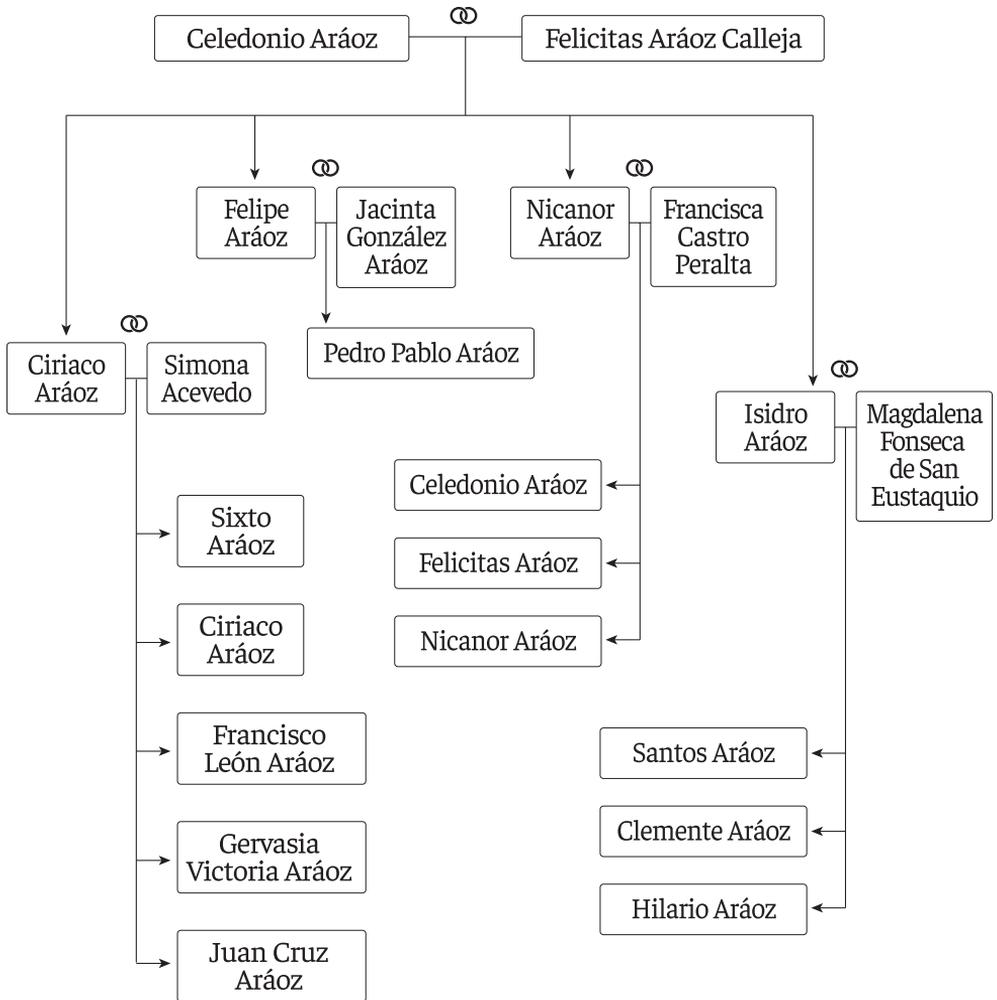
En cuanto a la familia Aráoz me he tomado muchas licencias; nunca existió la finca “San Jerónimo”, ni los Aráoz estuvieron instalados en Tafí del Valle ni tuvieron un pacto de caballeros con el gobernador Gutiérrez. Sí existieron, por supuesto, el general Gregorio Aráoz de La Madrid, Bernabé Aráoz y el infortunado Juan Crisóstomo Álvarez Aráoz.

Ahora, con la comprensión de que fueron otras épocas, olvidemos las antinomias indios-blancos, federales-unitarios, viajemos al siglo XIX y sentémonos en un cómodo sillón a ver qué tiene para contarnos la rubita de los Acevedo.

FAMILIA ACEVEDO



FAMILIA ARÁOZ





PRIMERA PARTE



*Entre el humo y la metralla
de los campos de batalla
por las regiones del Sud.*



La pampa es baguala, decía mi abuelo, llanura extensa y engañosamente calma pero siempre amenazadora y bullente. Se oyen los chillidos de teros y chajás, se presienten los perros cimarrones y el ganado mostrenco.

La pampa es inhóspita, hasta la vegetación es hostil, con cardos gruesos como el brazo de un hombre, acacias negras y talas erizados de espinas y, más allá, guadales y cangrejales expectantes.

Y la indiada maloqueando, llevándose cautivas y robando vacas y caballos. ¡Esos indios pampas! Los más crueles, traicioneros y venales de todas las tribus. Eran temibles a caballo con sus boleadoras y sus largas tacuaras marcando rastrilladas. Siempre al trote, nunca al galope e irremediablemente salvajes.

Los estancieros, gauchos y peones al caer la tarde hacían recostar a sus caballos para ver si la tierra se movía. Si así era, sabían que los indios se acercaban y llegaba el tan temido malón. A veces los lugareños huían abandonando todo, y otras, se preparaban para resistir.

Mi familia, los Acevedo, fue una de las que se atrevieron al indio y al desierto; familias conocidas como “pobladores del sud del Salado”, río que era una frontera natural en esa

época, aunque más tarde se extendió la línea de fortines hasta Dolores.

La gente de la campaña desarrollaba sus labores ganaderas en ese medio agreste y salvaje frente a la soledad de la pampa, pero sabían del honor y la lealtad, el valor y el sacrificio personal.

Mi abuelo Sixto Acevedo fundó una estancia de varias leguas, tierras concedidas por una antigua merced realenga, y la llamó "Malabrigo". Creo que el nombre refleja lo desolado de esos ranchos rodeados por un foso y algunas empalizadas de palo a pique como defensa.

A este mundo incierto y peligroso mi abuelo trajo a su esposa, una dinamarquesa llamada Agnette Larsen, cuya vida siempre estuvo envuelta de misterio. Muchos años después, supimos por qué ella viajó a Buenos Ayres y cómo se conocieron. Sixto no la mencionaba. Sí sabemos por la gente de la estancia que era tan rubia que su pelo parecía blanco y que hablaba muy mal el castellano. Yo soy físicamente muy parecida a ella, poco tengo de mi familia de pelo y ojos oscuros.

Tendría veintitrés o veinticuatro años cuando se la llevaron. No fue un malón, sino probablemente indios bomberos que siempre andaban merodeando y recorriendo el desierto. Agnette salía a caminar sola y eso fue su perdición. Tal vez no alcanzó a entender que la pampa era una amenaza constante.

Cada tanto algún lenguaraz o gauchos que volvían de las tolдерías traían noticias de una cautiva rubia. Sé que mi abuelo trató de negociar sin éxito con los caciques y que acudía a cada intercambio de mujeres blancas por ganado y caballos, pero al cabo de cierto tiempo no se supo más de ella. El crío solo a su hijo Juan Pedro y nunca se volvió a casar.

Creo que le gustaba estar conmigo por mi semejanza con Agnette. A veces lo sorprendía mirándome con tristeza. Una vez la mencionó y fue casi un susurro: ¡Ojalá esté muerta! Al hacerme mayor entendí por qué lo había dicho. Yo pensaba en esa joven rubia de piel tan blanca oriunda de un país con inviernos también blancos y gélidos, que terminó cautiva en un desierto cruel bajo un sol que cae a plomo y a merced del pampero que oscurece repentinamente el cielo y llega como un torbellino de viento frío y polvareda.

La vida en las tolderías era una tortura para las cristianas obligadas a soportar no solo la lascivia de los pampas, sino también el escarnio y la saña constantes de sus mujeres, famosas por su crueldad. Imposible pensar en huir con las plantas de los pies con profundos tajos y desolladas, con todo el desierto esperando para devorarlas.

¡Pobre Agnette! Tenía razón mi abuelo Sixto, ojalá haya muerto enseguida, la indiada se debe haber cebado con ella al verla tan distinta.



Mi padre, mi Tata Juan Pedro Acevedo, fue criado en “Malabrigo” por Sixto, por los peones, por algún indio manso y sobre todo por dos cuarteronas tiránicas, doña Mercedes y doña Jacinta, que lo adoraban. Era una persona alegre y muy sonriente, para él siempre fue lo más natural andar armado desde los seis años y trepar al mangrullo para vigilar el campo. No conocía el miedo.

Fue enviado a Buenos Ayres a estudiar al “Real Colegio de San Carlos”, fundado para reemplazar al colegio “San Ignacio”, disuelto tras la expulsión de los jesuitas. No creo que

haya sido un alumno destacado, era muy inquieto y habituado a mirar un horizonte sin límites como para estar sentado en un aula; pero sí hizo numerosos amigos que venían en los veranos y repartían su tiempo entre “Malabrigo” y el “Rincón de López”, estancia de los López Osornio, pues tenían los mismos intereses que los Ortiz de Rozas, hijos de Agustina.

En 1806, una Buenos Ayres amodorrada fue invadida por el ejército inglés al mando de William Carr Beresford. El regimiento conocido como el tercio de Andaluces ocupó el Real Colegio de San Carlos y, si bien quisieron desalojar a los alumnos, muchos se negaron a partir hacia sus hogares y se quedaron a luchar, mi Tata entre ellos, por supuesto. Hablaba con entusiasmo de la resistencia porteña y cómo luchó en la reconquista con un regimiento nuevo, el de Patricios, creado por Manuel Belgrano, un abogado. De esta manera finalizó bruscamente su educación formal y volvió a la estancia que recibió al niño Juan Pedro hecho un hombre, con la fama de haber luchado contra los “pérfidos” ingleses, y comenzó a trabajar hombro con hombro junto a Sixto. Mi familia nunca tuvo trato comercial con los pampas como sí lo hicieron otros estancieros, los Ortiz de Rozas entre ellos. Sixto y Juan Pedro nunca los perdonaron. Los únicos indios que se agregaron a la estancia fueron tehuelches.



Mi madre, Victoria Losada Echazú, era porteña hasta la médula y con una activa vida social; siempre atenta a los días de recibo, a los saraos y a las tertulias. Le encantaba bailar. Conoció a mi padre en Chascomús, donde estaba visitando a sus primas, las Garmendia. Ella le pareció a mi Tata una niña

malcriada y presumida y a Victoria le resultó alguien un poco tosco, pero con una sonrisa encantadora.

El pedido de mano a los seis meses de conocerse no fue muy bien recibido por los Losada Echazú en general y por Ildefonsa Reyes de la Peña, mi abuela materna, en particular. Consideraban que, a pesar de sus buenos orígenes, los Acevedo se habían convertido en salvajes, tan rústicos como la estancia en que vivían. Finalmente, mi abuelo Marcos Losada autorizó el compromiso porque ya no soportaba el llanto continuo de su hija.

—¡Qué poca cabeza tiene esta niña! ¡Con la cantidad de festejantes que hacen fila aquí en Buenos Ayres y también en Chascomús! Los jóvenes Lastra o el mismo Prudencio Ortiz de Rozas, aunque me gustaba más Gervasio para ella —decía mi abuela a quien la quisiera escuchar—. Pero se tuvo que encaprichar con este Acevedo, hijo de una extranjera llevada por los indios y criado por esclavas. ¡Mi hija Victoria no va a vivir en esa estancia tan cerca de la indiada! ¡Seguro que la casa es un rancho con piso de tierra! —protestaba.

Mi abuelo Sixto tuvo que viajar a Buenos Ayres a enfrentar a la colérica señora, pero, aunque hubiera luchado de igual a igual contra los pampas, no era rival para doña Ildefonsa. Su claudicación fue casi instantánea. Todos acataron sus decisiones como un rebaño de ovejas. Juan Pedro y Victoria esperarían por lo menos un año para casarse —dictaminó— y vivirían en Chascomús, un pueblo con gente decente y conocida.

Las más contentas con lo resuelto fueron doña Mercedes y doña Jacinta, que detestaban cordialmente a mi madre sin conocerla; no iba a venir una niña porteña a decirles qué hacer.



La simpatía proverbial de mi Tata no hacía mella en Ildefon-
sa, que lo miraba con aire altivo y ceño fruncido. El matrimo-
nio fue celebrado en casa de los Losada Echazú ante lo más
granado de la sociedad porteña.

Mi abuela tomó como un insulto personal que Juan Pedro
y Sixto se presentaran vestidos con chiripás y calzoncillos
cribados, chaqueta de paño azul, chalecos de seda, tiradores
con botones de plata y el infaltable poncho, por supuesto.

Tata se reía cuando años después nos lo contaba y agrega-
ba: “¡Menos mal que fuimos con botas cerradas y no de cuero
‘e potro!” Siempre le divirtió hacer enojar a su suegra.

A pesar de sus diferencias fue un matrimonio feliz y bien
avenido, tal vez porque se veían poco, como decía mi abuela.
Mi Tata estaba casi siempre en “Malabrigo” y mi madre en
la casa de Chascomús, donde enseguida se convirtió en una
figura imprescindible de la buena sociedad.

Su influencia se sintió también en la estancia donde
pronto hubo pisos de madera y rejas en las ventanas. Adop-
tó la costumbre inglesa de platos de loza, buenos cubiertos y
candelabros de plata y bronce. Hasta puso alfombras; creó un
mundo más confortable.

Nacieron Justo y Beltrán, mis hermanos mayores. Yo nací
en 1821, el año del malón. Todavía hoy se lo recuerda con te-
mor. Esa fatídica mañana del 30 de abril, las tribus de Pichui-
mán y de Ancafilú, el cacique negro, al frente de mil quinien-
tas lanzas y guiados por José Luis Medina, un gaucho maula
y ladino, avanzaron tomando de sorpresa y destruyendo a la
guardia de Kakel, para después, ebrios de alcohol y sangre,
marchar hacia Dolores.

Pasaron varios días en el pueblo quemando, violando, saqueando, destruyendo. Se llevaron muchas cautivas y gran cantidad de hacienda y caballada. Arrasaron la estancia de Ramón Lara y le arrebataron a su familia.

Los que pudieron huir rumbo a Chascomús contaban que las llamas de lo que fue Dolores se veían desde muy lejos y que el padre Francisco de Paula Robles, en un acto de fe y bravura, rescató la imagen de la Virgen de los Dolores que comenzaba a arder en una pira.

Tiempo después, el general Martín Rodríguez persiguió y escarmentó a los indios logrando que se fueran más al Sud.

Ya en 1825, las familias de Antonio González, Ramón Lara y Juan Sosa reconstruyeron y repoblaron Dolores. La gente de la campaña siempre fue muy valiente. Se atrevían a todo; hombres, mujeres y niños se defendían de la adversidad con singular denuedo. En 1836, Dolores era nuevamente un pueblo señero en la frontera.

La estancia era un lugar menos peligroso, por lo que íbamos temporadas enteras y así, casi sin sentirlo, cumplí quince años.



Yo era un producto de mi madre y de mi abuela. La rubita de los Acevedo, como me decían, era una niña tímida y compuesta que se ruborizaba por todo. Nada había en mí de la audacia característica de mi familia, pero es asombroso cómo nos puede cambiar el transcurso del tiempo. Yo no estaba preparada para lo que me tocó vivir.

En esa época iba mucho a la casa de mi abuela Ildefonsa en Buenos Ayres, la acompañaba a sus reuniones de caridad y acudíamos juntas los días de recibo. Así fui trabando amis-

tad con jóvenes de mi edad y conocí a sus primos y hermanos, y, guiada por mi abuela, me introduje en los vericuetos de la sociedad porteña.

En Chascomús conocía a todos y además de las Garmendía, que eran parientes, era muy amiga de las hijas de Prudencio Ortiz de Rozas.

Iba a “Malabrigo” a visitar a los hombres de la familia: a Sixto, para quien no parecían pasar los años; a mi Tata, a quien adoraba; y a mis hermanos, que eran indomables e inmunes a toda disciplina. No solo usaban un pañuelo al estilo pampa sino también saltaban sobre el caballo apoyados en sus tacuaras. Se habían convertido en la ignominia de los Losada Echazú.

—¡Impresentables! —decía mi abuela Ildefonsa, y tenía razón. A ellos no les importaba porque nunca iban a Buenos Ayres y además eran los favoritos de todos en la estancia.

Doña Mercedes y doña Jacinta, ya muy viejitas, los seguían malcriando descaradamente.

Y en el entramado de mi vida, faltaba un prometido o al menos algún festejante aprobado por la familia.



Ese año de 1836, el de mis quince años, había mucha tensión en la campaña. Los hacendados, a lo largo de los años, se habían apoderado de tierras ganadas a los indios.

Se rumoreaba que iban a duplicar el canon de arrendamiento por las tierras dadas en enfiteusis y al mismo tiempo, contradictoriamente, decían que Rosas iba a sacar el canon y dar las tierras a sus amigos y parientes. Todos estaban furiosos, pero yo no entendía bien de qué se trataba.

Rosas había sido elegido nuevamente gobernador pero esta

vez con facultades extraordinarias. Esto le molestó a mucha gente, al igual que el uso obligatorio de la divisa punzó. Juan Manuel de Rosas siempre había considerado al sur como su baluarte, pero ahora lo calificaba como un nido de unitarios salvajes.

Mis hermanos iban mucho a Dolores y contaban que la disconformidad iba en aumento. De todos modos, no se sabía quiénes eran unitarios, todos se mostraban como federales.

Más tarde, diría Gervasio Ortiz de Rozas: “Todos en el sur de Buenos Ayres, excepto yo, estaban conjurados contra mi hermano”.



En la superficie todo estaba en calma. Cuando regresé a Chascomús después de una temporada con mis abuelos en una Buenos Ayres silenciosa y oprimida, enseguida recibí la visita de mi gran amiga Pancha Castro Peralta.

—¡Llegaste justo para el baile, Simona! Estoy averiguando si “ya sabés quién” volvió de su viaje.

Pancha era muy enamoradiza y cambiaba de “ya sabés quién” cada pocas semanas.

Nos vestimos las dos en mi casa y mama me prestó su hilo de perlas. Estábamos muy lindas y nerviosas como solo pueden estar dos niñas de quince años.

Era un baile por todo lo alto, la gente conversaba en grupos, algunas parejas bailaban, las señoras observaban con ojos de águila a las jóvenes —fueran o no sus hijas— esperando la salida de misa del día siguiente para intercambiar chismes y comentarios.

El retrato del gobernador dominaba el salón y todos llevá-

bamos la divisa punzó. Los invitados sonreían y no se hablaba de política. Fue la calma que precedió a la tormenta que se avecinaba.

Pancha y yo entramos con mis padres muy conscientes de nuestros vestidos nuevos. Yo lamentaba que el mío no fuera celeste porque era el color que me lucía mejor, pero olía a unitario, así que imposible de usar.

Mientras Pancha sonreía a su “ya sabés quién”, mi mirada se detuvo atrapada por otra. Pertenece a un joven alto, de piel cetrina y ojos tan negros como no había visto antes. Yo no podía dejar de mirarlo. Y entonces me sonrió.

—Cerrá la boca —me susurró Pancha— parecés tonta.

Tenía una expresión severa, pero la sonrisa iluminaba su rostro. Le correspondí, y en ese mismo instante sentí que me ruborizaba más que de costumbre. No se acercó a mí en toda la noche, tampoco bailó, solamente se movía en grupos de oficiales que lo trataban con deferencia. Y me miraba a través del salón.

—¿Quién es, Pancha? Averiguá.

—Solo sé que es tucumano y está invitado en el “Rincón de López”.

Como era usual en esa época, los gauchos y vecinos se detenían ante las ventanas abiertas protegidas por rejas a mirar el baile y a veces hacían bromas sobre los concurrentes.

—¡Mirá qué baile se mandó don Ledesma, con lo amarrete que es!

—¿Más tarde servirán chocolate o está muy caro?

A una hora prudente nos retiramos con mis padres, no pude evitar girar la cabeza para comprobar si seguía viéndome.

—Estás hecha una descarada esta noche, Simona —me reprochó Pancha—, ¿por lo menos te miraba?

La expresión de mi rostro no necesitó palabras.

A la mañana siguiente apareció Consuelo con el mate y una sonrisa en su cara oscura.

—Buenos días, niña. Tómese el mate mientras le cuento del baile —dijo como si hubiera asistido.

Nuestra Consuelo era una esclava de los Losada Echazú que no fue alcanzada por la ley de libertad de vientres sancionada por la Asamblea de 1813. Vino a Chascomús con mi madre y la considerábamos como de la familia. Era muy inteligente, pero lo disimulaba, hablaba perfecto castellano con nosotros y con los demás usaba esa forma de hablar de los morenos que era una especie de dialecto.

Sabíamos que en Buenos Ayres muchos negros delataban a sus patrones. Todo esto fomentado por Encarnación Ezcurra, la esposa del gobernador Juan Manuel de Rosas. “Ella es peor que él”, decían los Losada Echazú.

—A ver, niña Simona, ¿qué quiere saber del baile?

—Queremos saber quién es el tucumano que flechó a Simona —dijo Pancha entrando al dormitorio. Se sentó en la cama y extendió la mano pidiendo el mate.

—El tucumano, mis niñas, se llama Ciriaco Aráoz, es sobrino del general Aráoz de La Madrid, es teniente y mi amiga Eufemia escuchó decir en casa de sus patrones que está comprometido para casarse allá en el Tucumán. Ella es parienta de él, se comenta.

—Dice mi madre que los Aráoz siempre se casan entre ellos. Olvidate, Simona —acotó Pancha—. ¡Qué lástima, porque es un guapo mozo!

—Pero todavía no está casado —dijo Consuelo con una sonrisa ladina mientras me cebaba un mate.

Pancha y yo la miramos escandalizadas.



Fue más o menos en esa época que mi primo Marquitos Losada Echazú vino a vivir con nosotros. Creo que lo mandaron a Chascomús porque no podía quedarse callado y eran tiempos peligrosos. Decía lo que le pasaba por la cabeza.

A poco de llegar fue a “Malabrigo”, se vistió para la ocasión hasta con espuelas de enormes rodajas con las que iba como rastrillando el piso. Mis hermanos lo tomaron para la chacota, pero más adelante demostró su valía.

Le encantaba Chascomús y enseguida fue amigo de todo el pueblo. Era un excelente jugador de bochas y aprendió a tirar la taba, así que pronto fue muy popular en los partidos que se jugaban después de misa. Y por supuesto inició un romance con Pancha, ella quería que fuera secreto para no ahuyentar a otros posibles candidatos, pero con Marquitos no se podía.



Mientras tanto el sistema tiránico de Rosas había creado mucha animadversión entre el gauchaje del sud. Los gauchos eran una mezcla de blancos, negros e indios y detestaban todo tipo de autoridad. Eran, y siguen siendo, hombres libres “de a caballo”. También molestaba a gauchos y hacendados por igual la relación de Rosas con los indios. Había muchos en el “Rincón de López”. León Ortiz de Rozas, el padre de Juan Manuel, Gervasio y Prudencio había estado prisionero en las tolдерías y sus hijos estaban acostumbrados a estar entre indios.

Era un agravio para quienes habían luchado contra ellos y padecido malones que se habían llevado a sus madres, es-

posas, hermanas e hijas.

Rosas logró un cierto grado de connivencia con los indios pampas y estos se mantenían tranquilos. Instauró un sistema de sobornos por el cual el gobierno de Buenos Ayres les enviaba yeguas, tabaco y yerba para que permanecieran en un estado más o menos amistoso.

En la capital, la situación se estaba tornando muy difícil y peligrosa para los unitarios. Muchos habían huido a Montevideo o se preparaban para hacerlo.

La Sociedad Restauradora, conocida como la Mazorca, acosaba, perseguía, degollaba. Se decía que eran asesinos sin piedad, sicarios que disfrutaban matando.

—A Juan Manuel siempre le gustó andar con gente inferior —afirmaba mi abuela Ildefonsa.

Rosas se rodeaba de toda clase de gentuza de baja estofa, así como de enanos y bufones, similar a un rey medieval. Esta última calificación era de Marquitos, demostrando que no toda su educación había sido en vano.

En Buenos Ayres, con las redes de espionaje de doña Encarnación Ezcurra, el aire era cada vez más irrespirable. Esteban Echeverría, casi como en un desafío, había reorganizado el Salón Literario de Marcos Sastre que fuera clausurado en 1836, pero el suyo era un idealismo peligroso. Crecía la censura y las persecuciones eran constantes.



Yo siempre quise ser una mujer sofisticada, pero era prácticamente imposible con mi aspecto aniñado. Mis primas, las Garmendia, por otra parte, eran eximias manipuladoras del sexo opuesto.

—Lo llevan en la sangre —nos explicaba la negra Consuelo—, la madre era igual.

Hacía casi un año del baile de los Ledesma y el intercambio de sonrisas y miradas ya era un recuerdo. Ciriaco Aráoz regresó al Tucumán y a su prometida sin que lo volviera a ver.

Cerramos la casa del pueblo y nos fuimos a “Malabrigo”. Fue un buen verano a pesar del calor y las moscas.

Había una gran seca con sol a plomo y viento norte. A la mañana nos despertaban las chicharras. Los cañadones y lagunas estaban casi sin agua, se veían osamentas en el fondo. A caballo sobre algún albardón contemplábamos un mar amarillo de pastizales. Era lo que se llamaba un “año de cardos”, con los tallos gruesos y tan juntos como un cañaveral. Y ellos, que se secan solos, bajo un sol abrasador son como yesca.

Se respiraba algo especial ese verano, un aire de inquietud y de fatalidad, estábamos como esperando un desastre. Un incendio tal vez, el escenario estaba listo. El fuego en la pampa es aterrador, leguas y leguas de llamas que avanzan caprichosamente como si tuvieran vida, devorando todo a su paso, a no ser que le gane el pampero que llega “repentino como una mala noticia” precedido por una vanguardia de libélulas y de pájaros. El cielo se oscurece en el sud y estallan truenos interminables a tono con la inmensidad de la pampa. Las primeras gotas comienzan a caer, oscuras porque son de barro. Así de impresionante es esta llanura que nosotros los sureros llevamos en el alma. Fue una lluvia salvadora, después todo comenzó a mejorar.

Encendíamos bosta de vaca para ahuyentar a los insectos, salíamos a andar a caballo esquivando las vizcacheras y mis hermanos finalmente cayeron en la cuenta de que yo había crecido.

—Beltrán, no es tan fea la Simona después de todo, va mejorando.

—Pero igual no consigue novio, ¡pobrecita!

Y así continuaban todo el día. Como dije, fue un buen verano en familia.

Una mañana, Sixto y Tata me llevaron a la despensa, corrieron un aparador y pude ver un refugio de la época de los malones.

—Son tiempos inseguros, es mejor que conozca este lugar. Nunca se sabe. No cuente a nadie por fuera de la familia.

—¡Niño Marcos! —anunció Ventura, el capataz, una tarde en que estábamos mateando— Lo buscan dos oficiales.

El silencio y el temor fueron instantáneos. Partió como quien va para el cadalso. Permanecemos callados hasta que escuchamos la risa de Marquitos y sonido de botas.

—Don Sixto, tío Juan Pedro, tía Victoria, les presento a los tenientes Nicanor Paz y José Díaz Trejo —anunció Marquitos—. Y ellos son mis primos: Justo, Beltrán y la niña Simona.

Los tenientes saludaron formalmente y yo les sonreí confiando en mi nueva imagen de sofisticación, hasta que sorprendí la mirada burlona de mis hermanos.

—¿Quiénes son estos militares, Marquitos? —preguntó más tarde Tata—. ¿Dónde los conoció?

—Son amigos de los Olivera. Los conocí en Buenos Ayres cuando fui a visitar a mis padres. Les debo haber mencionado que venía a “Malabrigo”. Están parando en el “Rincón de López”.

—¿Te han hecho preguntas? Tené cuidado con lo que decís, vos sos muy boca floja —acotó Beltrán.

—Es extraño que hayan venido sin avisar. Seamos preca-

vidos y que no se hable de política —dictaminó don Sixto, como le decían todos.

Y de repente mama tuvo una de sus ideas características.

—Podríamos organizar una fiesta “a puro cielo” —sugirió— hace mucho que no celebramos. Es una danza de la época del virreinato que se sigue bailando acá en el sud —informó a los visitantes.

Creo que necesitábamos un poco de alegría, porque todos los invitados aseguraron su presencia con entusiasmo.

—Doña Victoria, en el “Rincón” hay dos compañeros de armas que llegaron ayer, ¿podría usted extender la invitación?

—¡Por supuesto! —dijo mi madre—, siempre hacen falta caballeros.

Amaneció un día soleado pero fresco a pesar de ser febrero. Los asadores trabajaron desde temprano y en la cocina se prepararon ingentes cantidades de empanadas, además de ollas enteras de arroz con leche.

Y empezaron a llegar los invitados. Yo los espiaba desde el postigo entornado de mi dormitorio mientras me acicalaba con ayuda de Consuelo. Me miré al espejo con el vestido verde que resaltaba mis ojos.

—¡Qué linda está, niña Simona! —dijo Consuelo cuando terminó de peinarme. Sonreí con modestia, pero pensaba lo mismo.

Y de pronto lo vi, junto a otro oficial; estaba presentando sus respetos a mis padres y a mi abuelo. Pude mirarlo a mis anchas desde la ventana mientras recobraba el aliento. Era de una belleza oscura, alto y bien plantado y con esa sonrisa que aparecía repentinamente como un relámpago blanco. Supe que había venido por mí.

Respiré hondo y salí al patio a saludar. Había vecinos a

los que hacía tiempo que no veía y que quería mucho. Todos estábamos contentos de vernos y no se hablaba de lo que podría sobrevenir.

Mi hermano Justo alejaba a Marquitos de los militares para que no se fuera de boca y le presentaba a las niñas de la zona. Los tenientes Paz y Díaz Trejo iban de grupo en grupo hablando con los demás invitados ante la mirada atenta de mi abuelo y de mis padres.

—Estos son los tenientes Luis Peña y Ciriaco Aráoz que también están en el “Rincón de López”, mi hermana Simona, la niña de la casa —nos presentó Beltrán. Los dos se inclinaron ceremoniosamente.

—Creo haberla visto antes, señorita Simona —dijo Ciriaco con una mirada que hizo brillar sus ojos oscuros.

—Perdón, pero no lo recuerdo, teniente —respondí y lo miré con aire indiferente.

Las Garmendia hubieran estado orgullosas de mi actuación. Luis Peña desapareció como en un truco de magia y quedamos vigilados por no menos de cien ojos.

—Sí se acuerda de mí, niña, no dejó de mirarme en ese baile y yo a usted. Bajé del Tucumán solo para verla —dijo en voz muy baja inclinando la cabeza hacia mí y me dirigió otra sonrisa que fue registrada por todos los presentes.

A la tardecita empezó el baile. Los guitarristas cantaban un cielito tras otro y pronto las parejas danzábamos en el patio regado temprano y bien apisonado. Ciriaco y yo no dejábamos de bailar, sabía que éramos el centro de la atención y de las habladurías, pero no me importaba, excepto cuando veía la cara de preocupación de mi madre.

Más tarde algunos jóvenes comenzaron a cantar coplas que dedicaban con una sonrisa a la niña a la que iba destina-

da. Ciriaco tomó una guitarra y cantó con la mirada puesta en mí. Tenía una buena voz:

*“Cuando te salgas al campo
y te den los aires fríos,
no digan que son los aires
porque son suspiros míos”*

Y seguía con versos más o menos del mismo tenor. No dejaba ninguna duda.



—¡Nunca vi un cortejo más descarado! —exclamó mi Tata.

—¿Ese muchacho no estaba comprometido? —preguntó mama—. Además, puso a Simona en boca de todo el mundo. Una niña casadera no puede arruinar su reputación.

—Vamos a tener que hablar con el mozo —dijo mi abuelo Sixto.

—Mandemos a Ventura que es de confianza y que de paso eche una mirada en el “Rincón de López”.

—¿No sería mejor que fuera Marquitos? Es amigo y se puede meter en cualquier lado. Habla demasiado, pero creo que puede mantenerse callado bajo amenaza de muerte —manifestó Justo—. Todavía nos tiene miedo.

—Sí, sigue esperando un lanzazo que lo parta en dos —acotó riendo Beltrán—. Cree que somos unos salvajes.

—¿Y acaso no lo son? —preguntó mi madre.

Todos reíamos cuando apareció Marquitos ignorante de que iba a comenzar su trabajo como espía. Y resultó ser uno muy bueno.

Ciriaco Aráoz, descendiente de guerreros de la independencia que lucharon en el ejército del Norte, que a los dieci-

siete años había sido portaestandarte, que no temía a nada ni a nadie, compareció en “Malabrigo” escoltado por Marquitos y como presentándose ante un consejo de guerra.

Entró a la sala precedido por Consuelo, mis padres y abuelo lo aguardaban. Beltrán, Justo y yo estábamos sentados en el patio debajo de una ventana abierta y desde ahí escuchábamos todo lo que se decía. Pronto se nos unió Marquitos.

Ciriaco salió bastante bien librado de la contienda. Manifestó que, al romper su compromiso matrimonial tras conocerme, se enemistó con gran parte de su familia, más aún porque su prometida era prima suya en tercer grado. Y los Aráoz eran no solo una de las familias más destacadas del Tucumán, sino también sumamente numerosa.

Ciriaco pidió formalmente permiso para visitarme. Los codazos de mis hermanos casi me hundan las costillas.

—Mirá a la Simonita, con esa cara de mosquita muerta —susurraban.

Así empezó el cortejo con Consuelo de chaperona. Doña Mercedes y doña Jacinta sentadas en la puerta de la cocina aportaban su cuota de vigilancia. Sixto, Tata, mama, Beltrán y Justo aparecían todo el tiempo.

Nos restaba hablar en voz muy baja y un roce ocasional de manos que me producía sensaciones desconocidas. Yo estaba desesperadamente enamorada con la vehemencia del primer amor. Nunca dejé de estarlo y por él salté muchas barreras establecidas para señoritas de buena familia como yo. Y Ciriaco me correspondía en su estilo avasallador e impetuoso; pensar que dejó todo por una joven a la que solo había visto una vez en un baile.

—¡Qué pareja más romántica! —decía Pancha—. ¿Por qué a mí me tocan los menos audaces?

Creo que mi madre se daba cuenta de esas corrientes subterráneas porque me miraba con preocupación y siempre estaba como queriendo decirme algo.

Con la llegada del invierno las mujeres de la familia volvimos a Chascomús. Ciriaco y los otros militares quedaron en el “Rincón de López”. Marquitos partió a Dolores con la excusa de comprar hacienda. Beltrán lo acompañó, porque mi primo no era muy ducho en temas rurales.

Justo, por su parte, aprovechaba las “hierras” y otras “entretenciones” para celebrar disimuladas reuniones y compartir información.



Ese año de 1838, la escuadra francesa aliada a los orientales tomó la isla Martín García, se decía que el general Lavalle estaba en desacuerdo.

Mi madre fue de visita a Buenos Ayres y a su regreso nos contó que el gobernador se había mudado a su nueva casa de Palermo de San Benito, que en la decoración predominaba el color punzó, obviamente, y que debía parecer una antesala del infierno con gente de la calaña del mulato Vigorena y del terrible Vicente “Carancho” González como visitantes.

Mama trajo mucha platería y porcelana para ocultar en el aljibe y en el escondite de “Malabrigo”.

Mis abuelos no se refugiaban en Montevideo para no poner en evidencia a Marquitos ni a nosotros, los Acevedo. Todos presuponían que éramos federales dada la amistad con los Ortiz de Rozas. Me acuerdo haber escuchado que el gobernador, cuando era joven, debido a un entredicho que tuvo con su madre doña Agustina López de Osornio, renunció a la

administración de las tierras de la familia y hasta se cambió el apellido a Rosas a secas en vez de Ortiz de Rozas.

También se comentó que había mentido diciendo que Encarnación Ezcurra se encontraba en estado de buena esperanza para que los dejaran casar. Así era Juan Manuel.



Fue una época extraña, crecía el descontento, no por silencioso menos palpable, pero a mí no me afectaba, solo pensaba en Ciriaco y esperaba ansiosamente el momento en que pudiéramos estar juntos. Recibí varias cartas que todavía conservo en las que me llamaba “mi adorada Simona” y me juraba amor eterno. Están casi deshechas de tanto leerlas y doblarlas. También vino varias veces de visita.

En Chascomús únicamente nos teníamos que preocupar por mi madre. Generalmente Pancha o Consuelo nos hacían de acompañantes, así que gozábamos de un poco más de libertad.

Yo vivía para esos momentos y después para recordarlos. Ni siquiera pensaba en la división entre unitarios y federales ni en cómo nos podría perjudicar. Y tampoco en el peligro que corrían Marquitos y mis hermanos con sus nuevas actividades de espionaje.

La política no me rozaba ni el posible destino de tanta gente querida. Creo que era una mezcla de ingenuidad, inconciencia y un apasionamiento desmedido. Nadie piensa en la muerte o en lo inevitable con apenas quince años. O por lo menos, yo no lo hice.

Era evidente que Ciriaco estaba con Rosas y yo suponía que ignoraba nuestra simpatía por los unitarios, sobre todo

por el intercambio constante entre el “Rincón” y “Malabrido”. Años después le pregunté a mi madre cómo habían permitido el noviazgo bajo estas circunstancias.

—Realmente no sé, Simona. Creo que porque la veíamos tan enamorada y por otra parte no sabíamos qué iba a pasar. Además, el pobre Ciriaco había renunciado a todo por usted, lo sentíamos como una responsabilidad. ¡Y todos la queríamos tanto! Era la niña de nosotros, los Acevedo, de Consuelo y de la gente de la estancia. Y deseábamos que fuera feliz. No podíamos prever que correría tanta sangre, que primaría la crueldad y que nuestro pequeño mundo tal como lo conocíamos desaparecería. ¡Tantas vidas jóvenes derrochadas! Y me refiero a los suyos y a los nuestros, mi querida Simona.

Así habló mi madre y no era mujer de malgastar palabras.



El “enemigo interior” —en términos propios de Rosas— era un grupo de jóvenes que conspiraba para derrocarlo. Se mencionaban en voz baja a Carlos Tejedor, Avelino Balcarce, Jacinto Rodríguez Peña y Santiago Albarracín. En el Sud estaban conjurados prácticamente todos los hacendados.

Los rumores eran el alimento diario. Se decía que Berón de Astrada, desde el Litoral, había declarado la guerra a Rosas y que Lavalle había invadido Entre Ríos. También que uno de los Álzaga fue descubierto mientras proyectaba un atentado contra el gobernador y que tuvo que refugiarse en uno de los barcos franceses que esperaban en la bahía de Samborombón.

Los complotados tenían un buen plan. En Buenos Ayres, el teniente coronel Maza conduciría las fuerzas militares que

se oponían a Rosas, y su padre, el doctor Manuel Maza, se haría cargo de la Legislatura.

Simultáneamente, el Sud se levantaría para contener a los rosistas, mientras Lavalle, ayudado por los franceses y fuerzas de Montevideo, desembarcaría en apoyo de ambos frentes. En el Rincón de Ajó había paisanos preparados para recibir armas y después entregarlas a los unitarios.

Más tarde se dijo que Rosas siempre supo del complot e incluso que comisionó a sus secuaces para averiguar quiénes eran los federales implicados y qué estaban tramando.

La llamada “conspiración de Maza” tuvo un final trágico, en parte por apresuramiento del propio teniente coronel Maza, y también por demoras e indecisiones del general Lavalle. Maza, desesperado, procedió igual. Fue apresado junto con otros conjurados. Los jóvenes Balcarce y Tejedor fueron liberados por mediación de Manuelita, la hija del Restaurador.

Rosas dio orden de fusilar a Maza en el patio de la cárcel. Murió con valor y sin traicionar a nadie. Su padre fue apuñalado por la Mazorca en la misma Sala de Representantes que presidía. Pero el infortunio perseguía a la familia; la esposa del doctor Maza se suicidó ingiriendo veneno. En cambio, su única hija Salome hizo pintar el frente de su casa de negro como señal de luto y de desafío a la Mazorca. Creo que por orden de Rosas nadie la molestó, el gobernador respetaba el valor.

—¡Qué mujer! —decían los hombres de mi familia—. ¡Cuánto coraje!

—A Lavalle no sé qué le pasó —opinó Justo—, me dijeron que, en vez de desembarcar acá en la costa, se fue a Entre Ríos porque el ejército del rosista Echagüe invadió la Banda Oriental.

—No se entiende, él fue quien convenció a Castelli de po-

nerse al frente del movimiento —acotó Beltrán— y a partir de ahí Martínez Castro empezó a hablar con los Madero, los Lastra, los Ramos Mejía, y se corrió la voz entre los estancieros que reunieron armas y comenzaron a adiestrar a sus peones. No sé qué pretendía Lavalle —concluyó.



Creo que fue más o menos en esa época que Ciriaco y yo comenzamos a vernos a escondidas y a veces de noche. El plan de los encuentros había sido trazado por la mente maestra de Pancha.

Los Castro Peralta eran una familia un poco excéntrica con historias complicadas.

—Son todos singulares y algunos extravagantes —sentenciaba mi madre—, demasiados casamientos entre primos.

Tal vez fuera Pancha vivaz en exceso y un poco exaltada, pero era la mejor amiga que podía tener.

—Mi abuelo Froilán —explicaba— nunca soportó a su esposa, mi abuela Alcira. Ella era una de sus primas más feas y antipáticas, pero se tuvieron que casar, por lo menos así dicen en la familia.

Ciriaco la miraba con una sonrisa cada vez más ancha.

—Él salía todas las noches y cuando no la aguantó más, se fue a vivir a la estancia y nunca viene por acá. Creo que se amancebó con una esclava, sea esto lo que fuere. ¡No se ría, Ciriaco, se lo escuché decir a mi padre!

—Pancha, ¿cómo no se dio cuenta tu abuela que su esposo salía todas las noches? —pregunté.

—Porque mi abuelo la emborrachaba y esperaba a que se durmiera para escapar. Y yo voy a hacer lo mismo —conti-

nuó—, pero nadie va a salir sino alguien va a entrar. No se preocupen, nunca recibe visitas, nadie la quiere en la familia. Así que la casa es nuestra, por la servidumbre no se inquieten, hacen lo que yo quiero.

Ciriaco la miraba con incredulidad, seguramente no había conocido a nadie igual. Pancha era única.

Así transcurrió nuestro noviazgo en los salones de doña Alcira mientras Pancha mateaba en el tercer patio con la cocinera, la doncella y el resto de la servidumbre, y la dueña de casa dormía embriagada por su nieta.

Y en mi propia casa la ayuda provenía de Consuelo que en cuestiones de amor y romance era muy pícara.

Ciriaco había encontrado un gran ombú, le encantaba porque nunca había visto ninguno; ahí me llevó nuestra primera noche juntos. Y si bien mi rigurosa educación y mi acendrada formación católica debieron pesar sobre mi conciencia, nunca me sentí culpable, fueron de los mejores momentos de mi vida. Recuerdo la libertad inigualable que experimenté al dormirnos bajo su poncho mirando las estrellas. A mí me gustaban las Tres Marías, a Ciriaco la Cruz del Sur.

Yo había dejado de ser la modosa rubita de los Acevedo, pero nadie se había dado cuenta.



Mi madre lucía preocupada y como desentendida de sus tareas habituales. Una mañana me pidió que la acompañara a “Malabrido”. Consuelo vino como escolta y Ventura, el hombre de confianza de la estancia, esperaba en un bote para cruzar el río Salado. En el camino nos puso al tanto de la situación.

—Estuve “antiyer” en Dolores, doña “Vitoria” y la gente

habla de “regolución” cuando cree que no la escuchan —manifestó—. A la estancia siempre cae alguno a hablar con los patrones. Y hay “riuniones” en el pueblo y en los campos.

Cuando llegamos a “Malabrido”, noté que parecía un fortín, que había muchos peones nuevos y que todos andaban más armados que de costumbre.

Mi primo y mis hermanos llegaron por la tarde, venían de celebrar reuniones en lugares como Kakel, el Tordillo o el Rincón de Ajó.

Marquitos había cambiado su atildada imagen porteña por otra que él seguramente suponía digna de un héroe romántico pero el pañuelo anudado en la frente y la faja pampa lo convertían en alguien con aspecto patibulario. No pude menos que sonreír pensando en la expresión de espanto de su distinguida madre si lo viera. Los tres estaban exultantes, sabían que iba a haber lucha y confiaban en la victoria. Yo tenía para ellos un mensaje de Ciriaco. Fue unas noches antes de partir para “Malabrido” que me dijo: “Niña, dícales a sus hermanos y a su primo que anden con cuidado, se escuchan mucho sus nombres y es muy inconveniente”.

Se lo transmití frente a mis padres y a mi abuelo para que lo tomaran seriamente. Podrían mandarlos encarcelar en cualquier momento o enviarles a la Mazorca, me había dicho Ciriaco.

—Me enferman —se enojó mama—, no tienen conciencia del peligro que corren. Al contrario, lo disfrutan. Y son sus vidas las que están en juego. Juan Pedro, no pueden quedarse acá, aunque usted, don Sixto, haya convertido la casa en un arsenal y a los peones en soldados. Tienen que esconderse por un tiempo. Vine para rogarles que se cuiden sin saber del mensaje de Ciriaco. Ahora con más razón, por favor, ¡permi-

tan que alguien los ayude y los mantenga a salvo! Y usted, Marquitos, va a ir adonde vayan ellos, se lo debo a su madre y a mi hermano.

Mama era el vivo retrato de mi abuela Ildefonsa y la reacción fue la misma: todos obedecieron sin rechistar.

A la mañana siguiente partieron. Beltrán y Justo saltaron sobre sus caballos como dos indios y gritaron: “No se preocupe, madre, ¡nos vamos a cuidar!”

—¡La próxima vez que nos vean este porteño va a andar a caballo sin recado! —decían riéndose de Marquitos. Y se fueron al galope rastrillando con sus tacuaras. Tan jóvenes, alegres y llenos de vida.

Mama los miraba partir abrazada a Tata y yo a mi abuelo Sixto. Dios los proteja, recé.

Doña Mercedes y doña Jacinta sollozaban al saludarlos desde la puerta de la cocina; ellas sabían todo lo que ocurría en la estancia.



No había muchos ánimos de fiesta en la zona, pero igual acudimos al casamiento de una prima de Pancha con un porteño cuyo nombre no recuerdo. La fiesta transcurría sin incidentes ni agresiones entre los Castro Peralta, así que el ambiente era distendido.

Ciriaco me había avisado que llegaría más tarde porque tenía una reunión en la comandancia. De repente se escucharon murmullos y agitación en un grupo de niñas porteñas. Había llegado Ciriaco. Verlo de uniforme felicitando a los novios hizo que volviera a enamorarme como me sucedía regularmente.

Esa era la reacción que mi prometido causaba en el sexo femenino sin importar la edad. Yo veía cómo el grupo se abría rodeándolo con un movimiento de pinzas digno de un estratega militar.

Ciriaco era un guerrero valiente que entraba en batalla con alegría salvaje, era un exaltado bajo fuego enemigo, por eso era tan temible. A pesar de ser muy joven, su fama lo precedía. Por otra parte, ignoraba el efecto que causaba en las mujeres, lo que aumentaba su atractivo.

Su compromiso matrimonial, dado que era el hijo mayor del hijo mayor del hijo mayor, me contó una vez, fue algo acordado entre las dos familias y así era la relación. Era hombre de campamentos militares, no de saraos ni tertulias.

—No pensaba ir a ese baile en que la conocí, mi niña, pero fuimos conminados a asistir por nuestro capitán. Hacían falta caballeros así que tuvimos que hacer acto de presencia. Me acuerdo cuando usted llegó, nunca había visto una damita con esa traza, tan rubia y con cara de ángel. Ahí nomás le entregué mi corazón, Simona.

Yo recordaba estas palabras mientras avanzaba hacia mí con su singular prestancia y seguido por las miradas de todas las damas del salón cuyos pensamientos flotaban en el aire: “No es tan linda como dicen”. “Parece de trece años”. “¿Qué le vio?”. Nos sonreímos y el resto del mundo desapareció.

—Quiero estar a solas con usted —me susurró—. ¿Podremos vernos más tarde?

Una vez más noté que me ruborizaba frente a las niñas casaderas que se preguntaban qué me había dicho el atrevido de mi novio y me envidiaban por eso.

Esa noche crucé la última de las barreras establecidas, aprovechando que mi madre estaba en “Malabrigo”. Consue-

lo hizo entrar a Ciriaco a la casa y yo a mi dormitorio.

—Tenemos que casarnos, mi niña —dijo en voz baja besándome antes de dormirse.

Desperté escuchando la voz de Pancha. Miré asustada, pero Ciriaco como buen militar se levantaba temprano y ya había partido. Acomodé la almohada para borrar la huella de su cabeza, sepulté mi rostro en ella antes de hacerlo, y luego me senté en el medio de la cama. ¡Qué rápido se aprende a disimular!, pensé.

—¡Ay, Simona! Suerte que te fuiste temprano, ¡no sabés qué pasó! Unos cuantos de mis primos se pelearon con los porteños y, cuando estos huyeron despavoridos, continuaron a las trompadas entre ellos. La madre del novio se desmayó del susto. ¿Por qué nunca podemos tener una fiesta en paz?

Consuelo ya había llegado y cebaba el mate.

—¿Y las porteñitas? ¡Vaya descaró! ¡Cómo se alborotaron cuando lo vieron a Ciriaco! Y él ni se dio cuenta, solo tiene ojos para vos, Simona. ¿Cómo hacés?

Sostuve imperturbable la mirada maliciosa de Consuelo mientras le aceptaba un mate. Ni yo misma me reconocía. ¿Dónde había quedado la tímida Simona Acevedo?

—¿Qué sabés de Marquitos? Hace mucho que no lo veo. ¿Tiene novia en los pagos de Dolores? ¿Y Beltrán y Justo?

Yo sonreí sin contestar y continuamos hablando del casamiento.



Ciriaco quería que fuéramos a la estancia a hablar con mis padres, hacer el pedido formal de mano y poner fecha para casarnos.

Se había mantenido en contacto con su madre que parecía ser una mujer más comprensiva que su esposo, el temible Celedonio Aráoz; evidentemente también era persuasiva porque había conseguido que diera su bendición a nuestra boda. “Me alegra que mi hijo se case por amor”, había dicho enfrentándolo, según me contó Ciriaco.

La rama de los Aráoz involucrada en el compromiso roto seguía sin perdonarlo —contaba su madre— y a pesar de la distancia se habían enterado de su noviazgo y planes de casamiento. Ciriaco me dio a leer la carta de su madre y con el egoísmo propio de los enamorados nos reímos de la pobre Catalina Aráoz, la novia abandonada.

Viajamos con un grupo de soldados que seguía hasta Dolores. Cuando llegamos, dijeron que hacía rato que nos vigilaban desde el mangrullo y que estaban por tocar a generala para llamar a los peones cuando vieron que los soldados seguían su camino y me reconocieron.

—Ciriaco, queremos agradecerle el mensaje que les hizo llegar a mis hijos. Indudablemente fue justo a tiempo porque sabemos que hubo forasteros haciendo averiguaciones y vimos gente merodeando por acá también —dijo Tata—. Preferimos no saber dónde están, sabemos que ofrecieron cruzarlos a la Banda Oriental, pero se negaron.

Mis padres accedieron al pedido de mano, pero todos en la estancia le rogaron a Ciriaco:

—¡Por favor, no se lleve a nuestra niña al Tucumán! ¡Es demasiado lejos!

La fecha fue fijada para marzo del siguiente año.



Fue muy emocionante recibir tantos plácemes, de los padres de Ciriaco y de muchos otros familiares asegurando además su presencia. Mi abuela Ildefonsa dictaminó que sería la boda del año y que los tucumanos quedarían deslumbrados. Vino para ponerse al mando de los preparativos, pero capituló completamente ante el encanto de su futuro nieto político. Asentía sonriente a todo lo que él decía.

Entretanto, Ciriaco había sido convocado a Buenos Ayres por su tío, el general Aráoz de La Madrid. Su primo, Juan Crisóstomo Álvarez Aráoz, también sobrino del general, había llegado del Tucumán. Eran de la misma edad, físicamente parecidos, excelentes guerreros los dos y había una cierta rivalidad entre ellos. Crisóstomo también estaba comprometido con una prima tercera, la única diferencia era que él mantenía su compromiso.

Cuando Ciriaco debió partir a Buenos Ayres yo no podía dejar de llorar.

—Cálmese, mi niña —me consolaba—, en pocos meses estaremos juntos para toda la vida.

Yo seguía presa de una angustia inexplicable. Lloré también cuando nos despedíamos en la entrada para carruajes de mi casa y la imagen de Ciriaco a caballo con el pelo renegrido al viento y su sonrisa inolvidable fue la que atesoré por siempre.

Mi madre me vio tan triste por la partida de mi prometido que hizo que Pancha y yo aceptáramos la invitación de sus primas Lucinda y Damasia Castro Peralta. Eran muy simpáticas y agradables, “no parecen de la familia”, decía Pancha. Así que partimos de visita al pueblo de Dolores.

Yo compartía un dormitorio con Lucinda y Pancha con Damasia. Por la noche dejábamos abierta la puerta de dos hojas e intercambiábamos confidencias. Pancha llevaba la

voz cantante, por supuesto.

—¿Cómo lo conociste a Ciriaco, Simona? —preguntó Damasia.

—Lo conoció hace un tiempo en el baile de los Ledesma, parientes de tu novio Mariano, Lucinda. Se quedó mirándolo fijo y con la boca abierta —intervino Pancha—. Además, él estaba prometido en el Tucumán, dejó a su novia, rompió con casi toda su familia y fue hasta “Malabrigo” solo para verla.

—¡Con esa cara de ángel, Simona! —se reía Damasia.

—Dicen que son las peores —acotó seriamente Pancha, lo que provocó más risas.

—¿Y a Mariano cómo lo conociste? —pregunté.

—Lo conozco de toda la vida, pero él festejaba a una prima mayor que yo hasta que lo descubrí mirándome en un sarao. Claro, yo había crecido —dijo Lucinda sonriendo.

—¿Y vos, Damasia?

—Yo no te voy a contar nada, Pancha, no quiero que mañana se entere todo el pueblo.

—Entonces yo tampoco, ya me vas a rogar que te cuente.

—¿Acaso tenés algo para contar?

—¡Seguro! —dije—. Siempre hay un nuevo “ya sabés quién” en la vida de Pancha.

Así era todas las noches, las tres Castro Peralta lograron que olvidara mi anterior zozobra.



Hubo un momento en que los rumores dejaron de ser rumores, las corrientes subterráneas afloraron a la superficie y el levantamiento contra Rosas ya era un secreto a voces. Y de pronto el Sud estalló y la revolución nos envolvió a todos.

Es difícil para mí establecer cómo y cuándo comenzó. Hubo muchas idas y venidas, falsedades y traiciones. Ahora a la distancia y con tiempo transcurrido situaría el principio del levantamiento, —concordando con mi Tata— hacia fines de septiembre de 1839 cuando, con motivo del enro-lamiento de las milicias del partido de Dolores, se acercó Juan Ramón Ezeiza —un hacendado de la zona— al segundo comandante Manuel Rico, invitándolo a participar en el movimiento que se preparaba. Este adhirió inmediatamente. Ezeiza mando un chasqui para citar a Castelli que estaba en su estanzuela de Cerro Paulino y otro chasqui a don Rufino Fornaguera. Se reunieron a medianoche y planificaron la acción.

Antes del amanecer partió Rico hacia el Divisadero y Castelli de vuelta a su estancia. Esto es lo que yo sé que realmente pasó y proviene de fuentes familiares.

Dicen que hubo otra reunión en “El Durazno”, la estancia de Juan Ramón Ezeiza, a la que se sumaron el coronel Cramer y Francisco Ramos Mejía, y que ahí se fijó la fecha de la insurrección para el 6 de noviembre.

Sé que es cierto que un tal Cuello, vecino del pueblo, encontró un anónimo con muchos datos comprometedores y lo llevó al Juzgado de Paz. El juez, contra su voluntad, debió remitirlo al gobernador. Este respondió con una orden de captura sobre los salvajes unitarios Fernando Otamendi, Pedro Castelli, Juan Ramón Ezeiza y el comandante Lacasa.

A raíz de estos acontecimientos decidieron adelantar la fecha de la revolución. Esa madrugada habíamos visto y oído a cuatro o cinco hombres que golpeaban la ventana de don Tiburcio Lens, vecino de los Castro Peralta. “Nuestras cabezas penden de un hilo”, escuchamos decir.

—¡Ese el comandante Rico! —susurró Damasia—, ¿qué pasará?

Nos volvimos a dormir y en la mañana del 29 nos despertó el redoble de un tambor batiendo generala. Miramos por las ventanas y vimos que todo el pueblo, a pie o a caballo, se dirigía a la plaza.

—¡A vestirse rápido! ¡Vamos a ver qué pasa! —exclamó Pancha y pronto caminábamos entre hacendados, comerciantes y jornaleros con las armas más disímiles. A medida que llegaban formaban como si fueran reclutas.

Rico leyó la proclama del levantamiento acompañado por los capitanes Zacarías Márquez y Crispín Peralta. Retiraron el retrato de Rosas del Juzgado de Paz y se lo presentaron a Rico, quien le dio un puntapié, lo ensartó y lo abrió al centro con un puñal. La gente lo pisoteaba y escupía. Seguían apuñalándolo al tiempo que tiraban al suelo la divisa punzó.

Por la tarde comenzaron a llegar los pobladores de la campaña como respuesta a los chasquis que había enviado el comandante Rico. Cada hacendado traía los hombres, armas y caballos que podía disponer. Mucho paisanaje no tenía más armamento que el facón enastado en una tacuara a manera de lanza. Por suerte, alguien trajo setenta lanzas halladas en casa del mayordomo de la estancia “Las Víboras” de Anchorena y las repartió.

Las Castro Peralta fueron a lo de la familia Calvento para teñir con añil varias piezas de bramante con las que harían banderas. Y yo, acompañada por la criadita de la casa, preguntaba a cada grupo armado que veía si conocían o sabían del paradero de los hermanos Acevedo y su primo Losada Echazú.

Y me consumía pensando cómo comunicarme con Ciria-co, que estaba en Buenos Ayres y en el bando contrario.

¡Me gusta, quiero seguir leyendo!

Para terminar de leer este libro puedes adquirirlo en alguna de las siguientes tiendas online del mundo, tanto en papel* como en eBook.

*Para la versión en papel busca la mejor opción según tu lugar de residencia, teniendo en cuenta el envío.

amazon

Google Play
Books

Apple Books

Book
Depository

mercado
libre

BajaLibros.com

El Comercio

Casa
del
Libro

Podi books

SCRIBD

librerías
gandhi.

libreriadelaU

BARNES & NOBLE
BOOKSELLERS

fnac

cúspide

BUSCALIBRE.COM

compra directa con descuento solo para Argentina:

www.tequistelibros.com

tequisté